

**H**ACE algunas semanas, al cabo de una representación ver-

# LOS BUFANDEROS

nificado social de la bufanda decorativa resulta rotundamente reaccionario.

diana, salieron al caluroso palco escénico, para recibir el aplauso, los enojados divos, luego el director de orquesta estilizado en su frac y, a la postre, un caballero con una bufanda color geranio, suspendida de una chaqueta parda. Supuse que el trabajo de este último, quizá la escenificación, se desarrollaba en ámbitos enfilados por corrientes frías que requerían vestimenta de invierno y que el resto era simple horterismo. Pocos días después, me crucé en la avenida del Generalísimo con dos jóvenes que, por toda protección, llevaban sendas bufandas. Soplaban un vientecillo serrano y pensé que, en estos tiempos de latrocinio, les habían robado el abrigo y, en espera del giro paterno, lo sustituían con una prenda superviviente o más barata. Pero pronto hube de revisar mi diagnóstico inicial porque la televisión nos ofreció a un presentador despechugado que también lucía una bufanda, esta vez de rayas naranja y burdeos. Como los reflectores y los radiadores del estudio perlaban aquella frente de sudor me vi obligado a descartar la hipótesis de que el bufanderismo respondía a la baja temperatura. Y creció mi curiosidad. ¿Qué podía significar aquel atuendo?

Como culminación de tales experiencias conseguí una interpretación auténtica de un antiguo conocido, versificador por más señas, a quien solía rehuir en mis años universitarios por su avasallador nazismo. Llevaba una bufanda de tono lacre, grasienta y desflecada. Era un mediodía primaveral y cálido. Ante ocasión tan pintiparada le pregunté a quemarropa por qué gastaba aquel aditamento lanar. Y, sin dudarle ni un segundo, me respondió: «Porque soy "progre".» Desde entonces, cada vez que he visto a un bufandero me imaginaba que era portador de un cartel con la leyenda «Aquí va un izquierdista de tomo y lomo», lo cual me ha dado qué pensar.

Y he pensado bastante en los posibles fundamentos de este símbolo. Como las tales bufandas no se llevan embozadas al cuello, ni cruzadas sobre el pecho, sino a modo de collar abierto, la primera analogía que se me ocurrió fue la de la estola; pero tan noble prenda litúrgica difícilmente podía ser señal de un ideario subversivo o heterodoxo. ¿Será una réplica masculina de esas boas con que

algunas cupletistas se acarician la nuca entre el humo de los cigarros? También rechacé este supuesto, porque tal moda revela más de venal coquetería que de purismo revolucionario. Y, en esta misma línea de guardarropía, vinieron a mi imaginación las guirnaldas con que ciertos polinesios obsequian a los forasteros. Pero tales ofrendas tienen más de arcádico, festivo y sumiso que de futurista, angustiado y protestón. Decididamente, la correlación hawaiana tampoco era plausible.

Emprendí otros caminos más sociológicos. ¿Serán esas bufandas, con el fajín, un elemento de uniforme? Tampoco este supuesto me pareció oportuno porque, salvo en el Este, la izquierda suele ser poco militarista y, concretamente, la española se rasga las vestiduras ante cualquier camisa paramilitar. ¿Será el camuflaje de un arma casera? La bufanda es demasiado corta para ser utilizada como la red de los gladiadores o el lazo de los gauchos, y es harto gruesa y elástica para los estranguladores, que prefieren el cordón o el pañuelo de seda. Además, un progresista tiene que hacer gala de pacifismo.

Mi perplejidad aumentaba. ¿Qué puede haber de avanzado en una prenda tan vetusta como el pastoreo? ¿Qué rebeldía cabe asociar a un trapo inerte y lacio? Y, en fin, ¿qué izquierdismo sugiere un indumento no utilizado para su función propia de calentar y, por lo tanto, puramente suntuario? El lujo esteticista es poco izquierdizante. La bufanda que no abriga es como un collar de bisutería o, más bien, una extensión de la corbata, que es el más tradicional aditamento de uso viril. Desde esta perspectiva, el sig-

¿Estaría la clave en la tonalidad? Desde luego, cuanto más tira algo hacia el rojo, más progresista. Pero es que también he visto bufandas violáceas, atabacadas y grises. La exégesis cromática no es válida. ¿Degeneración, quizá, del mandilillo masónico? Tampoco, porque hay logias conservadoras, archiburguesas e incluso místicas.

Agotadas las asociaciones que me sugería el método simbólico intenté el semántico. El más directo sinónimo de bufanda es «tapabocas». Aunque hay muchos amordazados por la disciplina del partido y por el terror a la purga, no puedo admitir que ésa sea la situación de todo progresista. Acudí a la etimología. El vocablo viene del verbo francés «bouffer», que significa «inflarse». En su acepción gastronómica veo poca relación entre el izquierdismo y el comer demasiado. En su acepción jactanciosa no está comprobado que todo progresista sea hombre hinchado y pagado de sí mismo.

Esta larga serie de tanteos, todos negativos, me indujo a nuevas averiguaciones testificales. Y el resultado fue que ninguno de los encuestados sabía por qué era progresista colgarse, simétricamente o no, una bufanda. Ni siquiera se habían planteado la cuestión. He de concluir que se trata de un uso sin justificación lógica y, por lo tanto, irracional. Y esto es grave, ya que el genuino progreso es siempre racionalizador, mientras que la reacción arraiga en el mito. Alguien ha jugado una pésima pasada a los progresistas colocándoles como símbolo de identificación no una idea, sino un riño; no un logotipo, sino un fetiche. Por añadidura, el fetiche es rústico e incómodo. Porque, ¿cómo adaptarlo a los trópicos o a la canícula mesetaria o mediterránea? Reemplazar la lana por una fibra ligera, y los colorines por la albura sería más funcional y llevadero; pero tendría un aire de toca monjil y de escapulario poco congruente con el supuesto revolucionarismo.

He meditado sobre la cuestión porque tengo al izquierdismo y, sobre todo, al progresismo, por actitudes respetables, y me preocupa que haya quienes las identifiquen con el uso de una bufanda ritual a despecho de las circunstancias climáticas. Eso no es futurista, sino primitivo; no es serio, sino bufo.

Gonzalo FERNANDEZ DE LA MORA